Papá Noel se quedó atrapado en la chimenea

Martina estaba a punto de dormirse cuando oyó un ruido en el salón.

—¡Achís!

Después sonó un tintineo y una voz muy bajita:

—Vaya. Esto no estaba en mis planes.

Martina se puso las zapatillas. Su perro, Pipo, levantó una oreja y la siguió. Junto al árbol había un saco rojo, dos botas negras asomaban por la chimenea y, debajo de ellas, una barba blanca parecía una nube cubierta de pimienta.

¡Era Papá Noel!

Había logrado sacar la cabeza y los brazos, pero el abrigo se le había enganchado dentro del conducto. La chimenea llevaba todo el día apagada y estaba fría.

—Buenas noches —dijo Martina—. ¿Necesitas ayuda?

—Solo una poquita. Y quizá un pañuelo.

Pipo le lamió la nariz.

—Gracias. Aunque prefería el pañuelo.

Martina soltó una risita y fue a despertar a su padre. Él se puso la bata, bajó al salón y se quedó tan sorprendido que se calzó una zapatilla del revés.

—Creo que tenemos una visita.

—Una visita bastante fija —contestó Papá Noel.

El padre miró por la chimenea con una linterna. No había peligro, pero tampoco convenía tirar sin saber dónde estaba el enganche. Mientras él buscaba la manera de soltarlo, Martina acercó un cojín para que Papá Noel apoyara los brazos.

—¿Te habías quedado atascado antes?

—Una vez, en una ventana. Pero entonces la culpa fue de un saco de zanahorias.

Pipo encontró una cinta ancha entre los adornos. La llevó hasta Martina, moviendo la cola como si acabara de inventar algo importantísimo.

—Podemos probar con esto, si tú dices que está bien, papá.

El padre colocó la cinta alrededor del abrigo, sin apretarla, y sujetó el otro extremo. Martina ayudó con un tironcito muy suave.

—A la de tres —propuso ella—. Una, dos...

—¡Achís!

Una nubecita de hollín salió disparada. Al padre le apareció un bigote negro y a Pipo le cayó una motita en la frente.

Papá Noel no se movió ni un centímetro.

—Creo que mi abrigo no ha entendido las instrucciones.

Martina observó sus botas, su cinturón y la linterna de su padre. Entonces vio algo que brillaba junto a un ladrillo.

—¡Ahí! Hay un cascabel enganchado.

Papá Noel ladeó la cabeza.

—¡Mi cascabel de repuesto! Lo cosí esta mañana para encontrar el bolsillo de las galletas.

El padre alcanzó el enganche desde la abertura y liberó con cuidado la pequeña anilla. Después ayudó a Papá Noel a deslizarse hasta el cojín.

¡Plof!

Pipo se sentó encima de sus botas, satisfecho con el resultado.

—Equipo de rescate: excelente trabajo —anunció Papá Noel.

Martina le ofreció agua y una de las galletas que habían dejado junto al árbol. Él abrió su bolsillo secreto y sacó otra igual, pero hecha migas.

—Esta ha viajado demasiado apretada.

El padre le prestó un cepillo para el abrigo. Martina limpió el cascabel y lo

guardó en el saco, donde no pudiera engancharse otra vez.

Cuando estuvo listo, Papá Noel miró hacia la chimenea.

—Bueno, será mejor que...

Los tres lo miraron en silencio. Hasta Pipo dejó de mover la cola.

—Que salga por la puerta —terminó él, sonriendo.

Fuera lo esperaba el trineo. Antes de subir, Papá Noel se volvió hacia Martina.

—Esta noche me has regalado una idea estupenda: pedir ayuda a tiempo.

La niña lo despidió desde los brazos de su padre. Después regresó a la cama con Pipo.

Ya estaba cerrando los ojos cuando escuchó, muy lejos:

—¡Y nada de cascabeles en los bolsillos!

Martina se durmió riendo bajito.

Preguntas de comprensión

1. ¿Qué tenía enganchado a Papá Noel dentro de la chimenea?

2. ¿Quiénes ayudaron a Martina a rescatarlo y qué hizo cada uno?

3. Papá Noel aprendió a pedir ayuda a tiempo. ¿Alguna vez has pedido ayuda tú? ¿Qué pasó?